

LA RUTA MARÍTIMA-FLUVIAL JACOBEA DEL MAR DE AROUSA Y ULLA. EL CAMINO DEL MAR

José L. Sánchez-Agustino
Presidente da Fundación da Ruta Xacobe
do Mar de Arousa e Ulla

Aquellas últimas y sugerentes singladuras de la navecilla apostólica, de la que nos hablan los más remotos testimonios históricos y tradicionales, cual nueva aventura del audaz protonauta Pytheas el Masaliota, viajero infatigable y geógrafo y astrónomo notabilísimo que, desde Marsella por las columnas de Hércules, costeando por la banda ignota de la Hesperia, hasta los puntos más occidentales de la Céltica perdida en brumas se arriesgaba a la búsqueda codiciosa del ámbar, habría de encontrar, en el rumbo que marcaba una estrella, su definitiva y universal aceptación. Si el osado navegante descubría hacia el año 340 A.C. que la Estrella Polar no ocupa el punto exacto por donde se suponía pasaba el eje de la Tierra, el cuerpo del Apóstol descubría, a su vez, que el eje espiritual del Mundo cristiano sí pasaba por Compostela.

SANTIAGO, CON ROMA Y JERUSALÉN, HITO DE LA CRISTIANDAD

Desde Jafa, en Palestina, áspera y seca, a la romanizada Iria Flavia en Galicia, en el camino de los límites hiperbóreos, la embarcación iba señalando en el surco de su estela la marinera Vía Láctea, surgida al conjuro de las ondas del Mar Tenebroso, iluminado por un sol moribundo que desaparecía en la insondable sima ante el religioso terror de las gentes de la época. El largo camino –derrota marinera singularísima entre las muchas que tiene la mar– de la frágil embarcación que portaba los despojos gloriosos del Señor Sant-Yago, desplegabla las velas al viento de la ilusión y la esperanza de sus discípulos Teodoro y Atanasio que los conducían a la tierra de sus primeras predicaciones, para rendir su portentoso viaje y abrir con su presencia el asombro de los itinerarios jacobeos.

El mítico y aterrador Finis-Terrae del Mundo Antiguo dejaría caer el velo de su impenetrable misterio, siglos más tarde, con el hallazgo de la oculta presencia del Arca Marmórica en la que se guardaban los venerados restos apostólicos, allá por el año 813, cuando a los asombrados ojos del ermitaño Pelagio, los parpadeos de un lucero manifestaban de forma prodigiosa el lugar donde se encontraban, circunstancia que movió al obispo de Iria Teodomiro a identificarlos en un lugar conocido por Liberum Donum, hoy la universal Compostela.

Desde aquél momento, Santiago fue uno de los tres grandes hitos de la Cristiandad, junto con Roma y Jerusalén, y a su palpito y llamada, como aldabonazo solemne al sentimiento religioso de la época, las gentes se sintieron atraídas a su visita para postrarse a sus pies y tocar con sus manos el regatón del bordón del Apóstol. Aquella atracción poderosísima se convirtió en corriente humana incontenible que no conocía fronteras y cuyo halo vivificador sacudió el letargo de todos los estratos sociales sin distinción y posibilitó el conocimiento y exteriorización, con su trasiego, de múltiples culturas que encontraron cobijo ideal en los claustros monacales, exornados con la sólida impronta románica de su tiempo, y en cuya paz floreció esplendorosamente el culto a la enseñanza como un anticipo imponderable del Renacimiento.

IRÍA FLAVIA

El sosiego cenobial, solamente era turbado por el resonar bajo sus bóvedas de la pisada andariega, con polvo de todos los caminos; paso animoso y fuerte que la Fe movía y por toda enseña llevaba el bordón y la esclavina. El milagro se eternizaba. Galicia y con ella toda la Iberia hacía su entrada solemne por el Pórtico de la Gloria del apogeo legendario del medioevo. La Marca Hispánica se conquistaba pacífica y emocionadamente y al Ara Solis de la gentilidad, sucedía el orbe cristiano ganado por el misterioso encanto de su prodigio, mientras un grito alborozado, arrancado de la más íntima fibra del sentimiento religioso, se expandía por Europa en un eco sin desmayo: ¡Ultreya! ¡Ultreya!

La entrañable tradición de su traslado, que dio nacimiento al gran fenómeno religioso-sociocultural, ha sido particularmente venerado por la cristiandad y ha tenido, desde los más lejanos tiempos, multitud de testimonios históricos y representaciones iconográficas jacobeoas en las que se nos muestra la navecilla con el Apóstol y sus discípulos conducida por un ángel y guiada por una estrella, según reza en el escudo municipal de la hoy bellísima Padrón, la antigua Iria Flavia romana, donde se conserva un acervo importantísimo de recuerdos jacobeoas: el Pedrón, cipo o ara que la tradición identifica como el lugar preciso donde amarró la barca apostólica; la fuente del Carmen que Santiago hizo brotar para confundir a los incrédulos; el Santiaguíño do Monte, centro de sus primeras enseñanzas y visita obligada desde las primigenias peregrinaciones, y así, tantos y tantos testimonios como se atesoran en la que fue primera sede episcopal.

De las narraciones y prodigios que acompañaron su traslado, con esa aureola de leyenda difusa, más siempre intuitiva, que nimba el relato con su candor, dos son tenidas por las más comunes y conocidas: una de Juan Bosco, monje Celestino, que publicó en su Biblioteca Floriacense y la muy autorizada de la Iglesia Compostelana que nos relata como, luego de su predicación en España, retornó el Apóstol a Palestina y allí fue degollado por orden de Herodes Agripa y su cuerpo arrojado extramuros de Jerusalem para destrozo de perros y pasto de aves. Más recogidos sus santos despojos por sus discípulos, los embarcaron en una nave, providencialmente dispuesta, que «empezó a surcar la mansa, tranquila y plateada su-

proficie de los olas desviados de Scilas y Caribdis, gobernándola la mano del Señor y navegando con próspero viento y la más apacible tranquilidad, llegaron a Iria puerto de Galicia. La epístola que confirma esta tradición es de León III.

LA ENTRADA POR LA RÍA DE AROSA

Hasta aquí el relato esencial, después la pincelada ingenua, si se quiere, de la historia pormenorizada que trasciende y sobre la que gravita la característica ancestral del alma gallega: lo imaginativo con tintes de legendario, la ósmosis de lo fabuloso con lo real.

Muchos son, pues, los relatos de los extraordinarios sucesos de los que se nos da noticia, y entre ellos, es digno de resaltar el que figura en el Compendio de la vida de Santiago el Mayor de D.E.A.L que resumiendo dice: «En un manuscrito hallado en la Librería de San Juan de Los reyes en Toledo y un Flos Sanctorum escrito en pergamino y en lengua lusitana que se conserva en el monasterio de Alcobasa en Portugal, se lee la vida y martirio del Apóstol con el portentoso suceso que les aguardaba en la larga travesía frente a las tierras de Amaya, entre los ríos Duero y Miño en el litoral portugués. Se celebraban grandes fiestas por el casamiento de un noble caballero del país, quien, jugando cañas, se precipitó con su caballo al océano en ocasión que por su frente cruzaba la navecilla dando lugar al prodigioso hecho de que las aguas quedaron quietas con la solidez de la tierra, calmando el viento y dejando la embarcación como enclavada, saliendo el caballero en sus lujosos trajes, como el escogido corcel en sus arreos, de las saladas aguas salpicados por todas parte de conchas o veneras».

De este extraordinario suceso traen origen que sean el primitivo blason y escudo de armas de la S.A.M. Iglesia de Santiago y respetados por conocidos los peregrinos que visitan su santo sepulcro. Autorizan este prodigio las Bulas Pontificias de Su Santidad Clemente V, en 1088; Alejandro III en 1165 y Gregorio IX en 1227.

Con la conversión del caballero, deudos y amigos, prosiguió la navecilla su rumbo que, según el erudito Caamaño Bournacell, hizo su entra-

da por la playa de La Lanzada, cercana a la Isla de La Toja; es sabido que la geografía actual no es la misma que la de hace veinte siglos, pues el Grove era la isla de su nombre y no existía el istmo actual, según nos aclaran los documentos seculares.

La geografía, la tradición y la lógica avalan por consiguiente la tesis de que la entrada tuvo lugar por la lengua marina existente entre aquella y el norte de la parroquia de Noalla, como el camino más corto de penetración. La existencia de núcleos urbanos en la costa que buscarían en su navegación, viene demostrado por las necrópolis halladas, así como por los restos de defensas y atalayas que aún se conservan.

EL VÍA CRUCIS MARÍTIMO FLUVIAL

Remontando los ríos Ulla y Sar, desembarcaron luego el preciado tesoro de su cuerpo en Iria y lo colocaron sobre una gran piedra que lo recibió milagrosamente «como si sobre cera pusieran un cuerpo de bronce candente y como si reconociese el vasallaje y honor que a tan gran Apóstol debía».

En el Brev. de la S. Iglesia de Oviedo se hace memoria de este prodigio en las primeras vísperas de Santiago Apóstol. Las pinturas de los más remotos tiempos así lo atestiguan y confirman por toda Europa. El papa Calixto II afirma haber visto esa piedra que fueron desgastando los peregrinos, el resto permanece en el fondo del río Sar según una antiquísima tradición.

De las asechanzas de la reina Lupa, señora de aquellos lugares, que ante la petición de un lugar donde pudiesen dar sepultura a los santos despojos los remitió a su hermano Filotro, Gobernador de Duyo y Legado de Roma quien los encerró en una mazmorra, pasando por las añagazas sucesivas que les tendieron ambos, como en el caso de los fieros toros que se volvieron sumisos al ser uncidos a la carreta y la existencia de un legendario dragón, son parte de las muchas leyendas que forman parte apreciadísima de la tradición jacobea.

No lo es menos la traslación efectuada en la famosa *barca da pedra*, cuando en realidad a lo que se refiere es al tipo de barco de factura medite-

rránea que, desde los viejos tiempos, acudían a Galicia en busca de la apreciada Casiterita o estaño para su aleación con el cobre, en uno de los cuales se transportarían sus degollados restos y que eran muy conocidos por nuestras gentes, dando lugar a esta deformación que ha perdurado hasta nuestros días, al decir lo habían hecho en una barca de piedra.

Esta sucinta relación de hechos extraordinarios han sido la motivación de que por todos los dieciocho concellos en que discurre la Ruta se haya revitalizado la antigua singladura actualizando su paso con un *Vía Crucis* marítimo fluvial que Exorna las márgenes de la ría y del río Ulla con un sugerente rosario de cruceros pétreos dentro de la más pura imaginación galaica y donde un gigantesco hito en el islote de la Malveira perpetuará su paso con la representación de la navecilla, camino de la que es hoy la universal Compostela.

EL ORIGEN DE LA TRASLATIO

Es por ello que entre las muy veneradas tradiciones de la Iglesia Compostelana que tendrían una muy amplia difusión en el mundo cristiano de la época hasta nuestros días, hay que resaltar ésta que hace referencia a la «*Traslatio*» desde Jafa a Iria, como una de las tres grandes celebraciones litúrgicas, en unión del Año Santo y la festividad de Santiago que, en este caso en particular lleva aparejada una ofrenda nacional personificada en su Majestad el Rey o su representante, que le otorga un específico carácter dada su importancia así reconocida y lo que presupone de iniciación del prodigio de la «*Inventio*» o Descubrimiento de su santo cuerpo como origen del Camino a Compostela.

La crítica histórica ha encontrado las primeras referencias de este hecho singular en Dídimo de Alejandría en su obra *De Trinitate* en el siglo IV, así como en San Jerónimo, San Braulio, el Breviario Toledano, los Libros Arábigos de Atanasio de Antioquía y San Hipólito. Antes de aquella fecha no existe pues documentación alguna que rigurosamente lo avale, aunque con posterioridad han sido muchos los que han dejado constancia con referencias de su particular criterio, como San Isidoro de Sevilla (560-640) y en el siglo VIII los Comentarios del Apocalipsis del Beato de Liéba-

na, por citar algunos entre los más significativos. Ello nos lleva a acudir a otra de las fuentes de la Historia: la Tradición, en donde son muchos los testimonios que avalan su venida.

LA BUENA NUEVA

Según una de estas veneradas tradiciones que la Real Academia Lusitana de la Historia cuenta y prueba a su favor, un año después de la muerte del Redentor se congregaron los Apóstoles para decidir su destino de acuerdo con el mandato evangélico: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Ev.s. S. Marcos Cp 16,v.15).

San Pedro como cabeza visible de la Iglesia naciente señalaría a cada uno la suerte de su predicación. El Venerable Beda, monje y erudito inglés, en el siglo VIII, dice que Pedro tomó a su cargo Roma, Andrés la Achaya, Santiago la España etc. Es por ello que después del martirio de San Esteban, siguiendo el relato de una piadosa tradición, Santiago el Mayor salió de Judea con siete discípulos denominados los «Siete varones apostólicos»: Segundo, Cecilio, Tesifón, Isicio, Torcuato, Indalecio y Eufrasio.

Sobre el mandato evangélico y la entrada del Apóstol en España en este su primer viaje en vida, se polemiza si tuvo lugar por las costas de Tarragona, Valencia, Cartagena, Andalucía, Portugal o Galicia. Lo evidente es la antiquísima tradición que avala su predicación en España y concretamente en Iria, ciudad preponderante en su tiempo como lo demuestra su historia.

Según una leyenda Iria se llamaba en realidad Illa, nombre de una hija de un príncipe troyano. Julio César construiría en sus proximidades un puente en su parte meridional y Miro, rey de los Suevos, la ennoblecería, siglos más tarde, con su protección.

En el año 70, el emperador romano Titus Flavius Vespasianus, como prueba de su progresiva importancia, concedía a la villa el apreciadísimo *Ius Latii* que le otorgaba la titularidad de la ciudadanía romana con plenos derechos, dentro de la organización urbana de los conventos jurídicos. Esta predicación del Apóstol se extendería a diversos lugares de España. Dextro afirma predicó en Sevilla, dejando Pío como Obispo. Estuvo en el Ille-

berri, hoy el Sacromonte granadino, donde nombró a Cecilio. En Cartagena tienen presente su memoria y se afirma que su primer obispo, San Isidoro, era su discípulo. En Toledo dejó de obispo a Elpidio y en Palencia a Néstor, otro de sus seguidores, para llegar a Iria Flavia, la actual villa de Padrón. Se dice también que en Lugo dejó a Capitón en la sede obispal y en Ourense a Arcadio, a Pedro en Braga y a Efrén en Astorga.

Antiguas tradiciones nos aseguran que predicó en Julliobriga en Cantabria donde dejó a Arcadio y bajando por Astigarraga se dirigió a Tudela y de allí a Zaragoza, donde una muy arraigada tradición dice oyó voces de ángeles con el Ave María Gratia Plena y sobre un pilar se le apareció la Virgen rodeada de ángeles. Ello daría lugar, con el transcurso del tiempo, a la gran basílica de su nombre y al imperecedero recuerdo de su predicación en España.

Santiago retornaría a Judea donde una antigua tradición afirma consagró con otros apóstoles la Casa de Nazareth, para predicar luego en sus sinagogas. Santiago era hermano de Juan y con Pedro uno de los discípulos preferidos del Señor, presente con ellos en la Transfiguración del monte Tabor, la resurrección de la hija de Jairo y la agonía de Jesús en el Monte de los Olivos. Sus padres Zebedeo y María Salomé, procedían de Jafa y es tradición que su madre era hermana de María y, por consiguiente, Santiago era primo de Jesús.

RETORNO A PALESTINA

A su regreso a Palestina, los magos Filetes y Hermógenes le harían objeto de sus asechanzas pero serían convertidos a la Fe, pero no así Aviatar, Sumo Pontífice, que le llevó preso a Herodes Agripa, a la sazón rey de Judea y que era nieto de Herodes el Grande que mandó degollar a los Inocentes cuando el nacimiento de Jesús y sobrino de Herodes Antipas, Tetrarca de Galilea que ordenó decapitar al Bautista.

Agripa, para congraciarse con los judíos a los que no les era grato su gobierno, condenó a Santiago a cortarle la cabeza por sus predicaciones heterodoxas. El papa Calixto II, en la memoria del martirio del Apóstol, nos relata que habiendo derribado el verdugo de los hombros de Santiago

su cabeza de dos golpes, la recogería entre sus manos postrado de rodillas y haciendo profesión de Fe.

La Historia Antigua de Santiago, el Breviario Compostelano que solía rezar la orden de San Benito, Juan Vaseo, el obispo Equilino, el Maestro Medina, Guillermo Durando y otros muchos, afirman que el Apóstol padeció martirio el Viernes 25 de marzo del siglo I, a la misma hora que Jesucristo expiró en la Cruz.

Son pues todos estos hechos extraordinarios, en los que se confunden realidad y leyenda, pero sobre los que flota el palpito de las cosas sensibles en las que el pueblo, con el fino instinto e intuición que le caracteriza, ha sabido encontrar siempre toda la sustancial verdad que entrañan.

Verdad que hace posible se repita, cada día, la imagen de un peregrino, trasunto de todas las épocas, rodilla en tierra y los ojos levantados al Señor Santiago, en el antiguo gesto de implorar la intercesión del Santo Apóstol, Patrón de España, en la maravilla inflamada de la piedra hecha orfebrería de su esplendorosa catedral, donde yace anclada para toda la eternidad un símbolo clave de la Cristiandad: la frágil navecilla dominadora de turbulencias en la eterna Compostela.